



Un mensaje de Pascua de la  
Obispa Presidente Elizabeth Eaton

*Todo comenzó con dicha promesa* – el ángel le anuncia a María que el hijo que le nacería sería llamado Hijo del Altísimo; la convicción de María de que este hijo sería la personificación de la justicia prometida por Dios, que el hambriento sería colmado de cosas buenas y que el rico sería despedido con las manos vacías; ángeles anunciando su nacimiento; miles siendo alimentados; los enfermos sanados; los muertos resucitados.

Y después: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Ya todo había terminado. El mundo no había cambiado. Tal vez aún podía corregirse. Qué irrisoriamente ingenuo fue el haber creído que habría un giro en el viejo orden. La esperanza es para aquel que fácilmente se deja engañar. Viendo a este hombre quebrantado que colgaba completamente indefenso, desnudo y herido en una cruz, los principados y potestades, terrenales y espirituales, la muerte y el diablo deben haber dicho: “¡qué tonto eres!”

Como San Pablo nos lo recuerda, esta es la sabiduría del mundo. Y el mundo puede presentar muchas evidencias contundentes de que esto es correcto: niños matando a otros niños en horribles tiroteos en escuelas, 60 millones de individuos desplazados—todo esto apoyado por nuestra rebelión contra Dios, nuestra creencia idólatra de que tenemos el control y de que el mundo es nuestro. Ante todo esto y todo el sufrimiento que otros causan y que nosotros causamos a otras personas, también podríamos clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Salmo 22:1.)

Pienso que el comienzo del Salmo 22 expresa la angustia del salmista y la angustia de nuestro Señor, pero aquí hay algo más. Citar las primeras palabras de un texto era, en la tradición de la época, una forma de identificar todo un pasaje. El salmo termina en esta forma: “Se acordarán del Señor y se volverán a él todos los confines de la tierra; ante él se postrarán todas las familias de las naciones... La posteridad le servirá; del Señor se hablará a las generaciones futuras. A un pueblo que aún no ha nacido se le dirá que Dios hizo justicia”. Esta es la sabiduría de Dios. La crucifixión de Jesús es la muerte de nuestra muerte. Nos jugamos la vida en esto.

Este año, el Domingo de Resurrección cae el 1ro de abril. Habremos pasado del desierto de la Cuaresma al jardín de la Pascua de Resurrección. Diremos: “Cristo es resucitado. En efecto ha resucitado. ¡Aleluya! Y confesaremos esto y lo viviremos ante la sabiduría de este mundo que está basada en la muerte. La vida triunfa. El amor triunfa. Y si el mundo quiere llamarnos “inocentes mariposas”, nos complace adjudicarnos ese título.



Evangelical Lutheran Church in America  
God's work. Our hands.